

- 7) La puerta abierta a las vocaciones de los hombres. La puerta abierta a las vocaciones de los pueblos. La puerta abierta, pero el ingreso, canalizado.
- 8) Que el cauce no excluya, con todo, la posibilidad del salto. Ni la unidad, la variedad. Ni la norma, la excepción. Ni el orden, el súbito recurso a la fuerza.
- 9) Que se oigan todas las voces. Que la domine la voz de mando.
- 10) El día siguiente a la fuerza se llama responsabilidad.
- 11) Ni evolución ni revolución: intervención.
- 12) Un centro para la Autoridad: el Imperio. Un centro para la Selección: Europa. Un centro para la Educación: Roma.
- 13) Toda misión deber ser católica, es decir, universal; apostólica, es decir escogida; romana, es decir, una.
- 14) Ley de la Educación, el trabajo para todos. Ley de la Selección, la asamblea para los mejores. Ley de la Autoridad, la suprema jefatura, independiente.
- 15) Ni un día sin propaganda. Ni un año sin deliberación. Ni un siglo sin dictadura.
- 16) No casarse con la patria: incesto. No querer nutrirse con su historia: dispepsia.
- 17) Siempre habrá pobres entre vosotros. Cuidad de que no sean siempre los mismos.
- 18) Ni secar fuentes ni doblarse a torrentes.
- 19) Hay que salvar a los pueblos contra sí mismos.
- 20) No seguir la opinión pública. Precederla, fabricarla.
- 21) No servir a señor que se pueda morir.

D'Ors resumió genialmente toda su teoría política en esta frase: «Como política, ésta. La de Dios en su Trinidad. *Autoridad*, política del Padre. *Trabajo*, política del Hijo. *Cultura*, política del Espíritu Santo». Política, pues, de contenido y alcance universales, no democrática, anti-nacionalista, antiseparatista, defensora de la unidad católica.

Ritmo: El ritmo es la ley que realiza la síntesis entre los dualismos vitales de lo sensual-conceptual, sentimental-intelectual, razón-intuición, reposo-movimiento. Así, se impone freno, norma y medida al movimiento desenfrenado y al instinto y a la pasión del hombre mediante esa ley rítmica que armoniza las acciones y voluntades humanas. El ritmo confiere *continuidad*: supone una armonía de lo continuo, de lo cambiante y de lo fluyente, del movimiento, en suma. Ya sabemos que la realidad no permanece en reposo; pero en su cambiar se introducen elementos fijos

para repetirse periódicamente, es decir, rítmicamente. El ritmo sería la perfecta y armónica coordinación entre todas las cosas existentes: las naturales y las acciones humanas. El arte sería la síntesis de nuestra existencia creativa revelada por medio del ritmo.

Sencillez: Cualidad que se encuentra tanto en lo refinado, rico y magnífico, como en lo rudimentario, pobre y menudo. Lo «sencillo» no supone, por tanto, un estar escaso de elementos o falta de perfeccionamiento y evolución. La «sencillez» puede así estar presente en el arte más primitivo y arcaico, como en el más sabio y desarrollado.

En el orden estético, la «sencillez» indica sinceridad en el artista y excluye de lo representado todo cuanto no tiene razón de ser, cuanto no es pertinente; produciéndose así la conformidad del artista consigo mismo y con el objeto. El artista rehusa, e incluso rechaza, la fácil «exuberancia» y se acoge a la difícil «simplicidad», lo que le permite captar las cosas «que no tienen nada de particular».

Trabajo: El *homo faber* responde a la actitud del hombre que dirige su actividad sobre el exterior; la actividad que propiamente corresponde a tal arquetipo es el trabajo.

Bajo la figura del *homo faber*, se encierra aquella actividad del hombre por la que, en su trascender sobre lo real, se le puede llamar productor o trabajador.

Trabajo no es cualquier actividad: para considerarla como trabajo debe ser actividad humana, acto humano. Entendemos por tales actos «aquellos que dimanen de la voluntad libre y de los cuales, en consecuencia, el hombre se siente responsable y dueño».

El trabajo humano, en cuanto actividad racional y libre, admite infinitas variedades posibles, ya que el ser del hombre —que sigue a la forma— es un ser en cierto sentido infinito también, pues el «alma intelectual, en cuanto comprende todas las cosas y tiene poder para hacer infinitas cosas (...) permite al hombre preparar los instrumentos de infinitos modos para infinitos efectos», a diferencia de los animales, que poseen la perfección operativa para desarrollar un tipo concreto y determinado de actividades.

Quedan, por tanto, fuera de lo que entendemos por trabajo, toda actividad animal o mecánica, pues «una actividad es humana —y en ello se diferencia de la actividad animal y del acontecer cósmico— cuando el sujeto se propone el fin y comprende el sentido de la acción, o sea, comprende el sentido del fin y de los medios».

De aquí se desprende una característica importante: el trabajo corresponde –dice d’Ors– «a una actividad del espíritu que (...) encuentra su finalidad en las cosas». Dicho en terminología más afín a la filosofía clásica, «no es trabajo la actividad que tiene el fin en sí, y es trabajo la actividad que *de un modo y otro*, tiene un fin fuera de sí».

Esta actividad que tiene el fin fuera de sí cesa en el momento en el que el fin propuesto se alcanza: así podemos decir del trabajo que es *actividad en la distancia*, porque en cuanto desaparece la distancia entre sujeto y fin exterior, deja de haber trabajo.

«Aquí el hombre modifica las cosas, las deja cambiadas de como estaban»: con estas palabras hace referencia d’Ors a lo que llamaremos el *sentido objetivo* del trabajo; el hombre, mediante esa actividad, hace realización exterior –en los sentidos antes apuntados–; dicho de otro modo, se trata de la heterorrealización que lleva consigo el trabajo: el hombre modifica la realidad que no es él mismo. En este sentido podemos decir que el hombre, cuando trabaja, produce una forma (elemento inmaterial determinante) bajo la dirección del espíritu humano (inteligencia y voluntad) en la realidad.

Adelantamos que d’Ors admite también un sentido subjetivo del trabajo. Pero como veremos más adelante, el sentido subjetivo hace referencia a valores –como el bien, la belleza– y por eso considera que tal dimensión del trabajo corresponde a la noción de *homo ludens*. Lo propio del *homo faber* es solamente el sentido objetivo del trabajo.

Ya tenemos los elementos necesarios para poder decir que el trabajar orsiano coincide con la conocida noción aristotélica de *poiesis* –el *face-re* latino–.

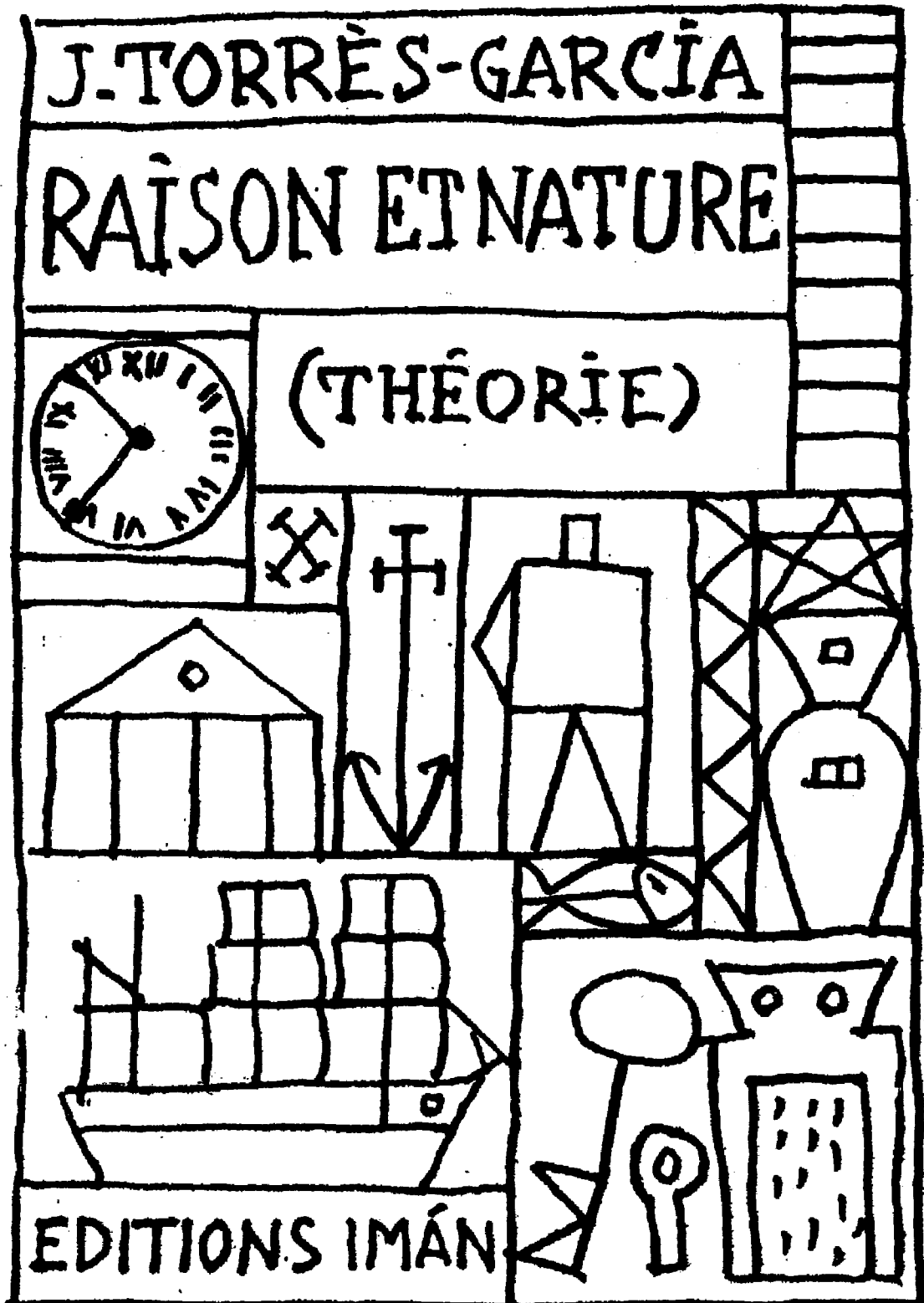
La razón –el *logos*– tiene una función técnica –*logos poetikós*– cuya actividad propia es el hacer, y cuyo producto específico es la técnica –la *techné*–. En muchas ocasiones habla d’Ors del artesano: lo hace así porque entiende que el ente trabajado es un *artificiatum*, producto propio del arte, que –como sabemos– es un modo de referirse Aristóteles a la *poiesis*.

Tradicionalismo: La tradición es la única forma de ciudadanía, de cultura, de vida, y también del propio ser del hombre. D’Ors defiende a ultranza la tradición como forma histórica y de vida del hombre, y escribe: «Nada de robinsonear. No estamos en una isla desierta, sino en una ciudad dentro de otra ciudad, que es la cultura, dentro de otra, a su vez, que es la historia. Levantamos los párpados y vemos inmediatamente compañía. Tendemos el meñique y tocamos colaboración. Abrimos la boca

y respiramos tradición». La tradición hace al hombre, «hombre». Sólo el que continúa es digno de ser llamado «hombre». El que no sigue y respeta la tradición es un *dilettante*, un «frívolo», un «impío» e, incluso un «inmoral».

El tradicionalismo será imprescindible para la estética y para el arte, puesto que hará un arte falso quien no sepa heredar y seguir la enseñanza de la tradición artística correspondiente al espíritu de su país. El artista, para crear un arte sincero, auténtico y válido, debe adoptar un estilo que sea la resultante de todo el arte que ha precedido su realización. Lo contrario de esta actitud, de esta postura de respeto ante la tradición de su más directo pasado artístico será engaño, falsedad, copia o traición. Porque, según d'Ors: «Copiará fatalmente quien no sepa heredar. Cuanto no es tradición, es plagio».

PUNTOS DE VISTA



Joaquín Torres García. Proyecto de portada del libro *Raison et Nature* (cerca 1930).
Tinta y lápiz sobre papel, 12.5 x 8.5 cm. Colección particular, Montevideo.